

GEDEON ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA



DIPUTADO A CORTES POR MADRID

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS JUEVES

DIEZ CÉNTIMOS el número

ADMINISTRACIÓN

Costanilla de los Angeles, 1

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

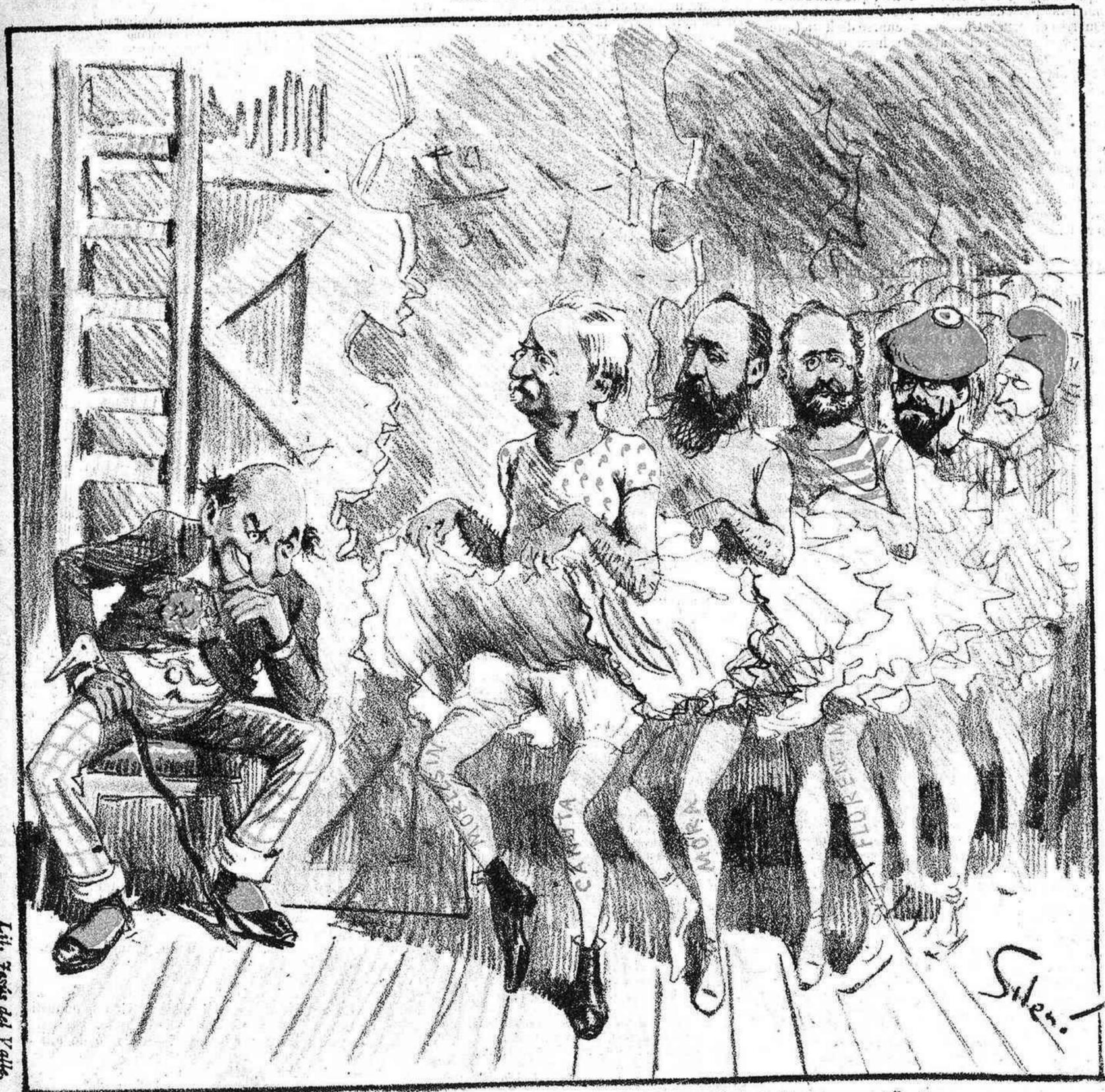
Madrid, trimestre.	1,50 pesetas.
Año.	6 "
Provincias y Portugal, trimestre.	2 "
Año.	8 "
Número atrasado.	0,25 "
25 ejemplares.	1,50 "

AÑO II.

Madrid 3 de Septiembre de 1896.

NUM. 43

ANUNCIO COREOGRÁFICO



Las pretendientes.—Pres. nosotras hemos leído eso de que hacen falta bailarinas en el Real para la próxima temporada y venimos á que nos vea usted las formas, y nos diga si podemos servir.

Gedeón, empresario.—Es inútil que os molestéis; hijas mías, por lo que hace á vuestras formas v á vuestro fondo... estoy en el secreto.

CARTAS DE GEDEÓN

Baños de Santa Agueda 1.º de Setiembre de 1896.

Quedábamos el otro día, Calinez de mis entrete-
las, en el terrible momento psicológico en que me
percaté de que también aquí, en éste, al parecer, pa-
cífico y risueño balneario, había *mar de fondo*, pero
de mucho fondo, como los artículos de Troyano.

Para algo y por algo me otorgó la Providencia este
precioso don del buen olfato, que al propio Peña Ra-
miro negará; para algo también vine aquí en repre-
sentación de Cánovas, el cual es hombre que á lo me-
jor no sabe en dónde mete las narices; por algo, final-
mente, he tenido buen cuidado de ponerme en rela-
ciones (honestísimas, Calinez, te lo juro, con la mano
puesta sobre un *Monte Cristo* de talla que figura en la
sala de recreos licitos) con la duquesa de X, con la
marquesa de Y y con la condesa de Z, la cual se en-
cuentra aquí, según tuvo la precaución de avisar
Asnódeo, con la *tercera de sus hijas*.

Tú ya conoces las cualidades meritísimas de mu-
chas damas nuestras—vamos, de nuestra aristocra-
cia—para oficios y menesteres policiacos: todas ellas
conocen con verdadera exactitud, como no los cono-
cería el propio inspector Luna, los sitios donde se *ti-
ma* la gente y aquéllos en donde se *toma*, se *rasca*, se
bichea y demás procedimientos usuales en todos los
golfos, desde el de Vizcaya para abajo. Así es que las
más de ellas, podían hacer sin inconveniente *las Lu-
nas*, ó por lo menos *las medias Lunas*, en obsequio á la
vigilancia y seguridad del hogar.

Pues bien, á una de estas damas me dirigí, no bien
dióme en el olfato el tufillo de la conjura. Expúselame
mi negocio, y ella, tomándolo con mucho interés, me
dijo que lo dejase todo en sus manos, que ella sabría
industriarse para descubrir lo que fuera menester.

¿Querrás creerme, Calinez? Al cuarto de hora (que
no fué precisamente el cuarto de hora de Linares
Rivas), todo estaba descubierto, como en mi telegra-
ma te indiqué.

Y á los veinte minutos, presos é incomunicados
se hallaban, en lugar nada limpio del establecimien-
to, los fautores, cómplices y envidiosos de la ho-
rrenda conjura, ni más ni menos que si fuesen pe-
riodistas ó exministros.

El dueño del establecimiento, el doctor y todos
los bañistas se mostraban poseídos del mayor en-
tusiasmo:—Teníamos un Estébanez, *sans le savoir*,
y para mayor efecto dramático, el terrible conspi-
rador disfrazábase de pinche de cocina, lo mismo
que ha hecho el doctor Thebussem cuando ha que-
rido escudriñar los recónditos secretos de un *menú*!

El fondista, *por su parte*, estaba conmovido, como
si yo mismo, en representación del *Cánovas luctuoso*
de estos últimos tiempos, le hubiera largado una
sofama elegiaca de esas que concluyen con un sa-
blazo. El honrado industrial tenía la firme convic-
ción de no haber defraudado á sus clientes.

En suma; la cosa resultó de gran espectáculo, y á
fé que si Ramos Carrión ó Vital Aza ó Arniches
aportan por aquí, no hubieran perdido el tiempo, y
en su teatro nos hubiera *convidado* el gran Lara á
repetir la conspiración... por nuestro dinero.

Porque si reflexionas, Calinez, primero te lleva-
rás una gran ventaja al duque de Tetuán y luego
adquirirás la convicción de que la *realidad* política
viene á ser algo tan cursi, tan aburrido y fastidioso
como una pieza del teatro de la Corredera. Los su-
cesos públicos parecen dirigidos y gobernados, no
por la Providencia, sino por Flores García. De Cánovas
á la Valverde, no es grande el salto. A D. Aureliano
sería injusto negarle la competencia con Ruiz
de Arana, galán de la compañía, y ¡quien podrá creer
que mira con malos ojos á la señorita Pino... y á otra
infinidad de señoritas y señoras?

Y en cuanto á *Pepe* Rubio, prototipo y resumen de
la sosería, ¿será posible negar el parecido que tiene
con su tocayo *el hombre de los cruceros*?

Así, pues (como dice el ministro de Hacienda
cuando ha *sentado las premisas*, que ya sabemos de
dónde salen), la comedia política no pasa de ser un
juguete cómico con chistes fáciles y espontáneos, de buena
ley de presupuestos y situaciones del mejor efecto
cómico. En ocasiones, el *comediante* se trueca en
tragediante, y eso es todo, como dice mi próximo pa-
riente *Amaniel*, que también, según se dice por acá,
tiene en estudio hacerse *tragediante* ó autor trágico,
en vista del poco pelo que ha echado con lo demás,
y, al efecto, ahora está procurando experimentar
de cerca los que produciría la introducción del coro
en las modernas composiciones trágicas.

Mas, volviendo al teatro de los sucesos, no puedo
ocultarte, mi buen Calinez, que la alarma producida
en este balneario por el descubrimiento de la *inopi-
nada conjura*, fué de las de mayor cuantía. Se echó
de menos aquí la presencia de un hombre arrojado y
sereno como D. Práxedes ó como el invicto Cos-
Gayón. Echáronse de menos, igualmente, las saga-
císimas previsiones de Retana, quien pretendía no
hacer mucho el título de verdadero zaragozano sin
lograr que se lo concedieran, porque el ministro de
Ultramar creyó tener más derecho; y, en verdad
que, ¡guay de él, si muy derecho y erguido, y con
buena añadidura de tacones, no se sostuviera!

Resultado: que, como no estaba aquí el hombre
de Avila, no pudimos pedir auxilio á nadie, puesto
que él es quien tiene el monopolio de los auxilios
ahora, y demasiado sabe que el auxilio bien orde-

nado empieza por uno propio. Como tampoco estaba
Cos-Gayón, que es hombre ducho en líos, enredos y
descubrimiento de hilos misteriosos, no pudimos
devanar los de la madeja que aquí se había formado,
y que parecía ya un chiste de Rincés ó un cuento
(*propio*, naturalmente) de Peña y Goñi, por lo enre-
dosa é intrincada. Y como faltaba Retana, por ha-
llarse en estos días en Panticosa, á donde le enviara
á tomar viento el Amo de todos nosotros, conside-
rando incompatibles á Retana y á mi, dada la au-
gusta representación que ostento, fué inútil que
procurásemos indagar los ocultos móviles de la
conspiración.

Todo parecía, pues, tranquilo y apaciguado ante-
anoche, cuando, á deshoras, profundo y temeroso
ruido se dejó sentir en todo el establecimiento; como
si el propio Campillo se aproximara desde el men-
cionado salón de recreos licitos.

Los hombres en paños Valdoseras, y las señoras
en traje no distinto del de las amazonas de Maceo
(aunque á muchas harto se las conocía que no eran
tales amazonas), asomábanse recatadamente á las
puertas de sus respectivas *chambras*, según tradu-
ciría Ladevès, y al pronto nada vieron; después, el
ruido aumentó, como cuando habla el Sr. Mella
dejando escapar torrentes de elocuencia por entre
su apellido, y á la luz de un rayo de luna, que pre-
parado para la circunstancia tuvo el acierto de fil-
trarse al traves de un ventanón, vióse patentemente
que la cosa era grave de verdad. La luna hacía
brillar con siniestros resplandores las armas de los
conjurados, las cuales de oro puro parecían, por
más que tal vez no fueran sino de azófar. Los con-
jurados cubrían sus cabezas con unos á modo de
peroles, y entre ellos iban mezclados (entre los de la
conjura, no entre los peroles) algunos individuos de
cadadura no muy diferente de los que suelen verse
por las calles de Sevilla, Tetuán y otras, en noches
de racha, los cuales, por todas armas, empuñaban
unas palas de las que la gente maleante apellida
raquetas...

Entonces lo comprendimos todo. Un estremeci-
miento de horror *circuló por todos* los bañistas.

—¡Son los puntos, que han hecho causa común con
los pinches, y van á apoderarse del establecimiento y
á declarar la autonomía de la piscina grandel—
clamaron varios individuos, poseídos de verdadero
terror.

Y yo, entonces, acordándome de la elevadísima
representación que llevo, aunque indigno, puesto el
pensamiento en D. Antonio Cánovas y el puño en el
pico de pato de mi bastón, dirigí mi voz elocuente-
sima á aquella turba dominada por el miedo; les
demostre en pocas frases la urgente necesidad de
que contribuyesen con todo cuanto poseyeran á *ar-
bitrar recursos* para la guerra inminente... y, tan
buena maña me di, que, en menos que lo digo,
grandes y pequeños, mujeres y niños, viejos y jove-
nes, habíanse despojado de su dinero, de sus preseas,
de sus vestidos, y en cueros, fijate bien, Calinez, en
cueros, quedáronse, pasmados del poder de mi elo-
cuencia, con las bocas contraídas por la estupefac-
ción. La cual aprovechó yo para recoger todo
aquello, y, sin perder minuto, escribirte estas cuatro
letras y huir de este balneario en la ligerísima cesta
que, como ya te dije, tiene José Mari á medias con
el ministro de Fomento.

Tuyo hasta la muerte,

Gedeón.

LOS INMORTALES DE GEDEÓN

Quinto Horacio contribuyente, es decir, Flaco.

PARÁFRASIS DE LA ODA Á LOS ROMANOS.

Delicta majorum inmeritis tuis.
(Lib. III, Od. VI.)

Los delitos y culpas de tus padres,
¡oh pueblo! expíarás, mientras caidas
las columnas del templo de tu gloria
no seas rehacerle; mientras ores
postrado ante los ídolos ya negros
del humo y de otras muchas suciedades
que apronta la política.

Si fuiste
dueño de todo el mundo en otro tiempo,
y el sol no se ponía en tus dominios,
fué porque hubo un Cisneros en España,
como ahora en Ultramar un Castellano,
y hubo un Gran Capitan que combatía
y organizaba á un tiempo. Este el principio
y el final fué de todo. Abandonado
el culto del deber, hoy sobre Iberia
se acumulan los males luctuosos.

Ya dos veces de Gómez y Maceo,
por no haber caso á los auspicios malos,
sufrimos el empuje, y buena presa
de nosotros sacaron. Culpe á Maura
el pueblo y á sí propio que le puso.

Ardiendo toda España en rebullicios,
cual del dacio la flecha venenosa,
osó el tío Sam lanzarla su *charrasco*,
y los micos asiáticos, masones
se hicieron é intentaron destruirla
amontonando puntos sobre puntos.

La corrupción del siglo, penetrando
entre familias, casas y linajes,

ganando á los partidos, fué creciendo,
y de esta fuente el no agotado flujo
á todos contagió!

Los jónicos meneos aprendían
allá en las Cortes los incautos mozos
hechos de mala guisa diputados.
Sedución y cohecho preparaban
y enjuague y componenda incestuosa,
en tanto que las unas les crecían.

No bien con un partido maridados,
buscaban sus amantes en el otro,
y los chanchullos sin temor pasaban
á huradillas por bajo de la mesa,
sin aguardar para ello á estar á oscuras.

Sin recatarse del país, que viendo
estas afrentas las sufría en calma;
en las barbas del pueblo se entregaron
al judío pudiente, al mercaehifle,
prodigos pagadores de deshonras.

¿Salió esta juventud de los abuelos
que de sangre las olas inundaron?
¿De aquellos que vencer al corso ingente
sabían? Derramemos, ¡oh Calinez!
lágrimas de dolor con don Antonio.

No fueron de tal temple nuestros padres,
los que con fe de acérrimos trigueros
la tierra con la azada revolvián,
distribuyendo *leña* en oportuna
sazón, cuando la patria lo mandaba.

Y cuando el sol, su curso terminado,
remudaba las sombras de los montes,
nuestros padres, los bueyes desuncian,
mientras que ahora, uncidos vamos todos
al carro triunfador

¿Qué no aminoran
los días al pasar? Aun Castellano
de cada día más se empequeñece.
Aun (parece imposible), Valdosera
se achica sin cesar. Nuestros abuelos,
¿qué dirían al ver aquestos hombres?
¿Qué diría de Cánovas su tío?
¿Qué pensaría de Pidal su padre?
¿Y que de Morlesín sus abuelos?
Todo se cae, se pierde, se conmueve.
¿Qué prole nos espera
después de Castellano y Valdosera!

CÁNOVAS DULCAMARA

No sé si en carretela ó en berlina, arrastrada por
un caballo blanco, que no es otro sino el país, el doctor
Dulcamara ha hecho su *reprise* en la plazuela,
aprovechando la buena disposición del público, tanto
más inocente y crédulo, cuanto más llagado, doliente
y afligido por toda suerte de calamidades.

La concurrencia en torno del coche, del caballo
y del orador, es tanta, que Gedeón apenas si puede
enterarse de lo que ocurre, poniéndose de puntillas
en la última fila, junto á los chicos de la minoría
liberal, que están allí con gran ansia de resuellos y
muchísimo tacto de todos.

—¡No oigo palabra de lo que dice!—exclama nues-
tro jefe con la mayor ingenuidad.

Y los golfos fusionistas, que han ido al corro á di-
vertirse y á pasar el rato, la toman también con
Gedeón, que ignora entre qué gente se ha metido.

—¡Chico! El señor dice que no oye.

—¡Tírale de la oreja.

—¡Pus hombre! ni que este caballero fuese Jorge
el armador!

Por más que nuestro jefe alarga el pescuezo y em-
pina los pies, sigue en ayunas de lo que ocurre,
pensando que, en medio de todo, la Providencia ha
sido justa, haciendo ministros á Castellano y á Teja-
da Valdosera, porque, mezclados entre el público,
¿cómo hubieran hecho para resistir las aperturas
y ahogos de cualquiera aglomeración de gente?

—¡Aun estoy en ayunas!—exclama Gedeón, enco-
giéndose de hombros.

—¿En ayunas?—le dice un golfo.—Pues viene ustó
muy bien preparado.

—¿Por qué?

—Porque aquí de lo que se trata es de comulgar
con ruedas de molino.

La concurrencia es cada vez mayor, mas Gedeón
sigue sin oír nada más que los golpes de bombo de
los diarios oficiosos, que tocan Lien el parche junto
á la carretela.

—Pero sepamos; ¿quién es el charlatán?

—Pues mire usté, en secreto, el charlatán es ese
señor que habla.

—¿Qué señas tiene?

—Como señas, no creo que tenga más que una.

—¿Cuál?

—La *señal* Canuta,

—¡Ya sé quien dices!

Gedeón, aunque no se había movido de enmedio
de la plaza, estaba ya al cabo de la calle.

—¡Me dejan ustedes pasar!—exclamó de allí á
poco.

—Chico, Trolas, déjalo pasar.

—Pero vosotros, ¿qué os habeis figurado?

—Nada; que es usté Quintín Banderas ó cosa así.

Soplaron vientos de fronda, y ellos trajeron á oídos
de Gedeón la sofama del hombre del coche.

—Este es el remedio universal—gritaba—la pancea milagrosa, el mágico elixir, el bálsamo de Fierabrás, el unguento Blanco ó el unguento Weyler, según á qué lado se aplique.

—¡Vaya una labial!—interrumpió el golfo;—se explica bien el tío.

—¿Cómo el tío? ¿Eres por ventura Cánovas y Vallejo?

—No sea usted guasa; mire usted, mire usted, mire usted, ¡ahora saca un frasquito!

—¿Es rubio?

—Sí, señor.

—Pues ya sé quién es: Frasquito Romero Robledo.

—¡Lo saben las madres—exclamaba el de la berlina—ni un niño se muere de la dentición usando el famoso elixir de auxilio á las compañías ferroviarias!

—¡Bendito Dios!—decía una mujer del pueblo—¡cuánto discurren los hombres para buscarse la judía!

—Eso es; y para encontrarse con el judío.

—Si toséis—continuaba el de la perorata—toméis pastillas ferroviarias.

—La salud individual, el crédito de las naciones, la alegría para el alma, la riqueza para el bolsillo, todos los bienes de la tierra, y acaso la eterna bienandanza, se consiguen con el elixir famoso, y en cambio, de no tomarlo á escape, los mayores desastres y los males más fieros lloverán sobre la atribulada, sencilla y doliente concurrencia.

Tal ora en síntesis la soflama que soltaba al pueblo el nuevo Moisés, cuyo Sinaí era una berlina de punto y cuyo Decálogo no podía ser más auténtico, puesto que venía del pueblo judío.

—Pero señor—decía uno de los golfos, algo más ilustrado y un si es no es canonista,—¿tan escasa de recursos es la farmacopea de este pobre hombre que no encuentra más remedio que el elixir de auxilios? ¿Y tan mágico es el elixir, que sirve para todos los males; los internos, los externos y los medio pensiónistas, digo, los coloniales?

El orador seguía *erre* que *erre*; es decir: Rostchild que Rostchild.

Contra los males de la agricultura, nada como el auxilio á los ferrocarriles; para ser bien quitos en el extranjero, nada como apoyar á las Compañías; para que acabe la guerra de Cuba, nada como acceder á lo que piden las empresas.

El discurso del orador empezó á tomar acento solemne y tono religioso; los del bombarrearon sus golpes en el parche; varios auditores y compinches del nuevo doctor Dulcamara coreaban las frases solemnes, cortadas y sustanciosas del orador en forma de letama.

—Para que acabe la guerra de Cuba...

—¡Ora pro Rostchild!

—Para vivir, aunque con vilipendio...

—¡Ora pro Rostchild!

—Para que acabe la viruela...

—¡Ora pro Rostchild!

—Para que no venga el coco por la noche y nos coma...

—¡Ora pro Rostchild!

No fué preciso más para que la devota y sencilla concurrencia rompiera en exclamaciones y llantos; los mismos golfos del partido liberal, que tan animados estaban á reírse y tomarle el pelo al sursum corda, tuvieron miedo al coco, tan oportunamente sacado por el orador, y se fueron hacia éste, llorando y tirando lejos de sí todas sus latas de obstruccionismo, llenas de colillas y de puntas de puro progresista.

El orador se salió con la suya; el público desfiló después de tragarse el elixir, y en medio de la plaza quedó todo la chiquillería liberal muerta de miedo todavía y castañeteando los dientes.

—¿Conque al fin transigisteis?—dijo Gedeón á Montero Ríos en tono de reproche.

—¿Qué habíamos de hacer?... Era el remedio supremo... Ya has oído al doctor... No teníamos cura.

—¿Y por cura de más ó de menos ha de apurarse un canonista como tú?

DE OJEO

—Bueno—habrá dicho alguno de nuestros escasísimos lectores—pero, ¿quien es ese Sr. Unamuno? ¿Qué motivos hay para que dicho señor monopolice las atenciones y el cariño de Gedeón, que bien pudieran concentrarse en el Sr. Beraza, ó en el señor Grilo, ó en *sic de cateris*, como dice el amigo Ch.

—¡Ah, señor impertinente, el Sr. Unamuno disfruta de nuestro especial cariño porque de nadie, mejor que de él, puede afirmarse que es el sabio de menos circulación de España; él tan sólo ha tenido la comodidad (¡oh, Cávial!) de inventar la ciencia gedeónica ó el gedeonismo científico, del cual todos los días nos otorga magníficos ejemplos como este:

«Hay que vivir en los sucesos fugitivos, si, pero reposando en hechos permanentes; *hay que vivir al día en la eternidad*; hay que vivir vida seria, en santa seriedad, en honda seriedad, libres del vértigo de las profundidades.»

—¿Cuán ciego es quien no ve por tela de Gamazol dirá al leer esto cualquier economista de los *Katerharinisten* ó *trigueros de la cátedra*. Lo que el señor Unamuno indica en ese parrafito, aun cuando ha te-

nido la precaución de no escribirlo en castellano, bien claro se ve que es la más absoluta aprobación de la conducta del Sr. Navarro Reverter.

Hay que vivir en los sucesos fugitivos; como quien dice, en cierta manera de suspensión y zarandeo continuo como el del señor ministro de Hacienda, y luego *reposando en hechos permanentes*, lo cual ya no se refiere al Sr. Reverter, sino al propio Unamuno, quien *reposa en el hecho permanente de una cátedra*, que aún no sabemos de qué es. ¡Dios mío! ¿qué enseñará este hombre? ¿Será difícil asegurar lo que enseña?

«*Hay que vivir al día en la eternidad.*» Ya sabemos de qué es profesor Unamuno: de Hacienda pública por el sistema corriente. ¿Puede darse un programa económico más claro y explícito? Es lo de siempre en España: la trampa adelante, erigida en sistema hasta *in æternum*: la Deuda flotante y la aérea y todas las demás envejeciendo, hasta llegar á los años de Matusalen Castañeda.

Por último, *hay que vivir vida seria, en santa seriedad, en honda seriedad, libres del vértigo de las profundidades*. Esta última salida es el más geconico descubrimiento del Sr. Unamuno, que pudiera llamarse *Inameno*. ¡Miren que predicar seriedad honda y santa un hombre como él, á quien le chorrea el gracejo por los puntos de la pluma! Pues si yo, casi entre Taboada y Unamuno, encuentro dudosa la elección, ¿qué dudosa? que me río más con el profesor de Salamanca...»

Ante el imponente Tribunal de la *Santa Ilustración Española y Americana* comparece el Sr. Grilo, con el laúd del sistema de Maússer al hombro, el espadín de corte, trocado en sable de corte y punta, y un frasquito de perfumería en la diestra. Hace tres reverencias, se dirige á la propia *Ilustración*, dama de carácter anciano y obeso, y vierte en el pañuelo que ella *graciosamente* le da, las siguientes gotas de *esencia concentrada de jazmin*:

EL RAMO DE CÓRDOBA

Y nos echamos á temblar por si ese ramo es el de consumos.

Es pálido y es redondo...

Vamos, como la cabeza de algunos vates descriptivos.

Con la forma de una estrella...

¿Dónde habrá visto Grilo *estrellas redondas y pálidas*?

Como no hable de la suya, que se había redondeado, ahora con eso del mayor mal de los males (que es comprar los *Ideales*) y que, según parece, empieza á palidecer!...

Y un papel rojo en el centro de doradas lentejuelas...

Ese papel rojo, para hallarse en el centro de doradas lentejuelas, tiene que ser una cosa menudísima como la inspiración del propio autor. ¡Miren como será el papel, que cabe en el centro de una lenteja chica!

Tiene por cabo una aguja que fué horquilla.

Los ramos en Córdoba tienen *cabo*, como los puestos de la Guardia civil, y ese cabo es una aguja, *ex horquilla ú horquilla que fué*, como se dice de los gobernadores civiles cuando fallecen. ¡Qué cosas vamos descubriendo! Pero aguarden ustedes, que la aguja y antes horquilla estaba

...en la cabeza de la niña que en el patio pegó al jazmin la escalera...

Lo cual ya es pegar, y escribir de cualquier modo, *por si pega*.

Y trepando hasta las ramas más altas y más repletas, se lo arrancó del rodete al coger las cabezuelas.

¡Oh, señor de Grilo, eso es cómo la definición del cangrejo, que ni era pez, ni colorado, ni andaba hacia atrás! Por una escalera no se trepa, se sube: *las ramas más altas* (¡qué hermoso *muestrario* de hiatos, sonsonetes y cacofonías!) nunca están repletas, sino *cargadas* de flor, porque una rama no se puede *repletar* y usted perdone, ya que en cuanto á usted toca, sale perdiendo la gramática. Finalmente, ¿qué es lo que se arrancó del rodete la niña que trepaba?

De ahí resulta que se arrancó el jazmin, al cual había pegado la escalera en que estaba subida... Si lo, era inútil decir:

se lo arrancó del rodete al coger las cabezuelas.

Y ¿qué cabezuelas eran las que cogía la niña á aquella altura?

En resumen: que el *Ramo de Córdoba* temíamos que fuese el de consumos, y no es sino el de limpiezas.

***** g armas al hombro

Lo de Filipinas:

«El ministro de Ultramar conferenció ayer mañana con el señor marqués de Comillas para acordar los barcos de la Trasatlántica que han de conducir las tropas.»

¿Otra vez el señor marqués?

¡Cuando yo digo que la Historia de España, esa Historia de España que vino á continuar D. Antonio Cánovas, va á tener que escribirse «entre Comillas, de hoy en adelante.»

Dice un colega:

«Ayer se ha inaugurado en la Coruña, con gran solemnidad, la estatua de D. Daniel Carballo.»

Suponemos que la estatua será ecuestre.

Aviso al público:

«Desde 1.º de Septiembre las horas para recoger la correspondencia de los buzones de esta capital, serán: las de las ocho y once por la mañana y dos treinta y cuatro treinta por la tarde.»

Trasladamos la noticia al señor gobernador.

Para que sepa á qué horas tiene que tomar cartas en los asuntos.

Noticia electoral:

«Ha regresado á Madrid nuestro amigo D. Nicolás de Mateo, candidato por Madrid para las próximas elecciones provinciales.»

¿Nicolás? ¿Y de Mateo?

¿Si tendrá Sagasta algún niño chiquitín que se llame Nicolás?

El Sr. Cánovas, explicando lo inexplicable:

«El general Blanco pidió permiso en su primer telegrama para crear un batallón de voluntarios; además, solicitó se le enviasen 1.000 hombres de refuerzo. Pues bien, á la hora de recibirse ese telegrama, el Gobierno había ya acordado saliera en el correo del día 3 de Septiembre un batallón de 1.000 plazas, y en el correo siguiente serán enviados otros 1.000 hombres.»

(De manera que le han dicho á Blanco:)

Hijo mío de mi corazón:

Si no tienes bastante con uno, mandaremos otro batallón.

La opinión, buena, gracias.

Peró ¿qué suerte tiene el Gobierno!

Cuando mas aferradas estaban las oposiciones á combatir los auxilios ferrocarrileros, surge lo de Filipinas, habla D. Antonio, enternece á Montero Ríos, le hace poner los ojos en Blanco, y... he aquí cómo se expresa el canonista ilustre:

«¿Quién habrá de negar nada en casos tales? Los españoles tienen en su corazón grabado aquel lema de: «*Antes morir que ser vencidos.*»

Don Ugenio, en la de poesía... basta.

Porque Gedeon es español y no tiene grabado en el corazón ningún lema.

Como no sea ¡ay! al director general de Comunicaciones!

El Presidente del Consejo, en el uso de su última palabra:

«El Gobierno estima necesaria la aprobación del proyecto, y abriga el convencimiento de que si no se resolviera este asunto, dejarían de cotizarse los valores españoles en la Bolsa de París.»

Estas palabras produjeron sensación profunda en el Senado.

Y para todo había.

Porque resulta que los defensores de las empresas argumentan lo mismo que los salteadores legendarios.

—¡La Bolsa de París, ó la vida!

Leo en un diario:

«Muy en breve comenzarán las acuñaciones de moneda de peseta por la cantidad de once millones, pues nótase en la circulación carencia de dicha moneda.»

Es una manera muy delicada de decir lo que todos sabemos.

Que no hay una peseta por ahí.

Veraneo:

«El Sr. Pi y Margall, que está tomando los baños de Trillo, marchará después al monasterio de Piedra.»

Tiempo hace que el Sr. Pi y Margall está bastante arrimado á la Cola de Caballo.

Lo de Filipinas no ha sorprendido al Gobierno ni mucho menos, á juzgar por lo que dice un colega:

«En un círculo se volvió á hablar anoche de algunas medidas energicas que el ministro de Ultramar había adoptado hace poco con un empleado en aquellas islas, cuando tuvo el Sr. Castellano conocimiento de sus afinidades con sociedades secretas.»

Estas sí que son «...armas al hombro.»

En materia de medidas, ¿quien es el señor ministro de Ultramar?

Dos noticias:

«Ha regresado á Madrid, de su largo viaje por el extranjero, nuestro queridísimo amigo y compañero D. José María Alonso de Beraza.»

—Según los partes recibidos en el gobierno civil, ayer aumentó en Madrid la epidemia variolosa.»

Imprenta de J. Corrales, calle del Tesoro, núm. 40

CÁTEDRAS EN EL ATENEO

Según nuestras noticias, los diez mil duros que la munificencia del Gobierno ha concedido a la docta casa de la calle del Prado, van a distribuirse formando el siguiente claustro de profesores para el próximo curso.

DIRECTORA DE ESTUDIOS



DOÑA EMILIA (1)

Esta señora, además de dirigir la maniobra científica, artística y literaria, explicará las siguientes cátedras:

Zoología comparada, con vistas a la ornamentación gótica, esto es, garrapatas que vuelan y pájaros que maúllan. Para explicar esto último, la conferenciante presentará ejemplos prácticos, valiéndose de nuestras más aplaudidas tipples ligeras.

Botánica también comparada desde la época de Cristo y de Lázaro el resucitado y fundador de *La España Moderna* hasta nuestros días, en que ya no está la Magdalena para tafetanes, ni para naranjos.

Cerámica incomparable y aplicada especialmente a las *cráteras*, metiendo también las *páteras* en la explicación.

Estas tres enseñanzas las desempeñará Doña Emilia con la maestría a que nos tiene acostumbrados, y si en las conferencias se notasen lagunas, ya se encargará de llenarlas D. Emilio Nieto, que también sabe algo de Cerámica y Arqueología.

PROFESORES NUMERARIOS

(ES DECIR, CON SUELDO)

Don José Manuel Piernas, desempeñará, naturalmente, una cátedra de Sistemas de locomoción.

El doctor Cortezarena regentará la de Obstetricia, explicando desde las flechas del parto hasta el parto de los montes, ó sea, el nacimiento político del ministro de Ultramar.

D. Gumerindo de Azcarate ó *Azcale*, como él pronuncia, explicará las Abreviaturas é intentará que aprendan a abreviar los Sres. Rodríguez San Pedro y Becerro de Bengoa, que asistirán de oyentes, si hay quien los sujete.

D. Gaspar Nuñez de Arce no explicará nada, pero leerá un poema, subiéndoseles a la parra al Sr. Jurado de la misma y á D. Práxedes, y al final todo el auditorio se pondrá Colorado (D. Vicente).

D. Segismundo Moret procurará dar luz al Sr. Labra y demás socios de Ultramar con el candil del Ateneo, cuya llama es la estrella solitaria.

El señor Marques de Lema conferenciará sobre los Sistemas de perderse las cartas en el extranjero y demostrará que el de *sustracción*, empleado en España, es el más útil.

D. Eugenio Sellés dará varias conferencias, sobre sus dramas representados y no aplaudidos y explicará la clase de *Mecánica teatral*, en ausencias y enfermedades de D. José Echegaray.

D. Emilio Ferrari se encargará de la clase de Dibujo el mental, hasta pintar una cabeza que resulte propia.

(1) Según cierta noticia ó memoria que publicó hace poco *El Imparcial*.

D. Rafael Salillas hará un estudio comparativo entre el caló y las formas *jergales* del lenguaje parlamentario y municipal; además, enseñará el tipo del *concejal nato*, de Lombroso.

D. Antonio Sánchez Moguel, falto de auditorio, pondrá varios telegramas al obispo de Coimbra; pero éste no acudirá á escucharle por si van *mal dadas*, como cuando lo de Herculano, que le costó la vida á un colega.

D. Arturo Melidá ocupará el curso en poner unas orlas gótico-chinescas a los jóvenes conferenciantes del establecimiento.

D. Antonio María Fabié procurará *aduller* por el estudio á algunos tontos amigos del Sr. Cánovas.

D. Alberto Aguilera conferenciará sobre reformas municipales, empleando el aparato de proyecciones vuelto del revés.

D. Senón Canido explicará un curso de Lógica, Aritmética y Psicología reverterianas, *revertiéndose* al final en alanzas al llamado *ciclón de Valencia*.

D. José Lázaro dará uno ó más cursos para explicar los distintos idiomas que se escriben en *La España Moderna*. En esta faena tendrá como *capote de brega* al Sr. Unamuno y de peón actuará D. Narciso Campillo.

D. Aureliano Linares desempeñará la clase de Filografía y Psicología del amor, adicionada con unas cuantas explicaciones sobre las aguas sulfurosas.

D. Juan Navarro Reverter no desempeñará cátedra, sino, al contrario, si le dejan, será cruz de empuñar las últimas letras del nombre de Teodoro, el conserje.

D. Enrique Serrano Fatigati, durante un curso, hará *homonimos* suyos á todos los oyentes.

El señor marques de la Vega de Armijo, dará un curso de Mundología... y armas al hombro.

El doctor Vera, un curso de Sociología, unido á otro de Enfermedades mentales...

D. Antonio Pirala contará cuentos que parezcan historias, é historias que se asemenjen á cuentos.

D. Francisco Lastres dilucidará importantes temas de Cálculo de probabilidades, aplicado á las crisis.

D. Alejandro Groizard presentará un nuevo plan de enseñanza *ciclística* ó *ciclista*, á base del Diccionario de Larousse.

D. Vicente Romero Girón explicará los *Discursos de la paciencia cristiana*.

D. Gabriel Rodríguez acabará por demostrar la relación que existe entre las teorías librecambistas y la música, y pondrá en solfa las primeras. Le ayu-

dará en esta *lapidación* el Sr. Pedrell.

El Sr. Santigos, miembro ilustrado de la *cacharrería*, construirá, por un módico interés, cuantos Tejedados de Valdoserá se le encarguen, y dará lecciones á quien quiera hacerlos.

D. Luis Vidart ampliará é inflará más todavía el famosísimo huevo de Colón para poder colocarlo en latas y servirlo á domicilio.

El Sr. Trompeta se dará varios solos, en tanto que viene *Clarín* á acompañarle.

El Sr. Garnica se colijará bajo su propio árbol á ver si tiene sombra de ministro.

D. Daniel López dará un curso de inglés para uso de los ministros de Hacienda vendederos.

D. Atanasio Morosin explicará la elevación á potencias de las cantidades infinitesimales.

D. José Rodríguez Carracedo excluirá de la lista de *Cuerpos simples* el de Correos y Telégrafos, que bien compuesto es.

D. Francisco Silvela comentará el libro de Maquiavelo, sin hablar, valiéndose únicamente de sonrisas y guiños.

D. Santos de Isasa procurará convencer al auditorio de que en efecto, el D. Santos, ha llegado á ministro, y tal vez nadie lo crea.

D. José Esperanza y Sola hablará de música y se quedará sin una *so'n esperanza* de que le hagan caso.

D. Manuel Danvila no dejará de notar la semejanza física y moral de su íntimo y *provechoso* amigo Carlos III con tedeón.

D. Eduardo Dato Iradier estudiará en un curso las propiedades y efectos de la Memoria como facultad municipal.

El doctor Cortezo explicará la *miña* del silvelismo, en unas cuantas conferencias para silvelistas solos.

El Sr. Conde de Romanones hablará de *omni re scibili*, convenientemente apadrinado por el también Conde de Xiquena.

D. Raimundo Fernández Villaverde dará varias conferencias de Paleografía, haciendo notar la utilidad del estudio y cultivo de los pergaminos.

D. Urbano González Serrano intentará, sin éxito, hacerse comprender.

D. Nicolás Salmerón hará esfuerzos por comprenderse á sí propio.

D. Damián Isern se encargará de llevar la contraria á los dos señores precedentes.

Y, por último, el ilustre ex-presidente del Ateneo, D. Antonio Cánovas sacrificará sus más perennatorias ocupaciones para dar un curso, cuyas hojas impresas pasen á la posteridad.

LA SUSPENSION SUSPENDIDA



Weyler (leyendo).—Que la suspensión suspenda me ordena Cánovas-Sam... ¡Dios mío! ¿Y toda esa zafra me la tengo que tragar?